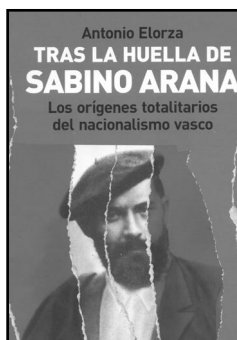


Tras la huella de Sabino Arana



ANTONIO ELORZA

Tras la huella de Sabino Arana. Los orígenes totalitarios del nacionalismo vasco

Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2005

Hay libros teóricos que tienen el raro don de la oportunidad y aparecen en un momento donde pueden ayudar a entender mejor ciertos problemas prácticos; es el caso de *Tras la huella de Sabino Arana. Los orígenes totalitarios del nacionalismo vasco*, de Antonio Elorza (2005). Algunos de los temas que estudia esta obra afectan de lleno en dos de los debates recurrentes de la agenda política española: la posibilidad de pactar con los nacionalistas, y especialmente con los vascos, un nuevo «modelo territorial», asunto ligado a una posible reforma constitucional, y la manera de afrontar el posible fin del terrorismo nacionalista vasco a cargo de ETA, que parece inmersa en la última fase de su historia criminal.

Entender la naturaleza ideológica profunda del nacionalismo vasco no es un problema meramente académico, aunque muchos políticos tiendan a pensar así. No es lo mismo un partido político eventualmente radicalizado en algún momento, sea por alguna coyuntura desfa-

vorable o por un cálculo de interés electoral, que un partido cuyo programa y clientela electorales parecen firmemente arraigados en ideologías no ya radicales, sino difícilmente compatibles con la democracia, cuando no plenamente totalitarias. Esta convicción es la que llevó a diversos Estados democráticos a excluir del registro de partidos políticos legales a organizaciones cuyos fines e ideología fuera expresamente contraria a la democracia, por ejemplo organizaciones racistas, xenófobas y antisemitas –añadamos ahora a fundamentalistas religiosos como los islamistas–, y en algunos casos también a comunistas, nacional-socialistas y fascistas. Indudablemente, excluir a un partido de la legalidad por sus ideas es una cuestión siempre peliaguda que debería reservarse, como hace (¿o hacía?) la Ley de Partidos española, a las organizaciones claramente violentas o involucradas en el apoyo y cobertura de grupos terroristas, como es el caso de los grupúsculos

nazis y de Batasuna. Pero, dejando de lado el aspecto jurídico y constitucional de lo que debe hacerse con grupos de ideología totalitaria, el problema político sigue ahí presente y no debería dársele la espalda. Menos aún en estos tiempos de idiocia generalizada en la que estupideces como la de que «todas las ideas son legítimas» y «todas las opiniones valen igual y son igualmente respetables» gozan de un apoyo alarmante, porque no para de crecer.

El problema al que Antonio Elorza coge por los cuernos es, precisamente, el de sí el nacionalismo vasco en su conjunto, es decir las distintas organizaciones nacidas del tronco plantado por Sabino Arana en 1894, tiene raíces totalitarias: la respuesta de Elorza es que sí.

Trasladado al plano de la actualidad política, lo que significa ese sí de Antonio Elorza es que tenemos a una variedad del totalitarismo cómodamente instalado en varias instituciones claves del Estado, además de en la sociedad vasca, donde el nacionalismo de orígenes arañistas (PNV, EA, ELA ... y ETA-Batasuna) ha ido creando fuertes redes clientelares y de control social. Sin duda es una realidad política y social que no tiene otra vuelta de hoja –salvo en el caso de ETA-Batasuna, donde no hay otra alternativa realista que la derrota policial– que la normalización política por vías democráticas corrientes, esto es, mediante elecciones, control público de las instituciones dominadas por los nacionalistas, etcétera. Pero el carácter totalitario del nacionalismo vasco en su conjunto, sea latente o evidente, ha impregnado en todos estos años la educación, la cultura oficial y los medios

de comunicación públicos, dato que precisamente contribuye a explicar no sólo las dificultades con que tropieza la normalización política vasca, sino la enorme magnitud y complejidad de la tarea pendiente. Porque el nacionalismo totalitario, a diferencia de otros partidos de izquierda o derecha, cuando está en el poder no se limita a desarrollar una política más o menos aceptable para todos, sino que procura instaurar en su exclusivo beneficio toda una cultura política de «construcción nacional» que afecta profunda y negativamente a la sociedad objeto del experimento.

Lo que ha hecho Antonio Elorza es, precisamente, reunir los argumentos necesarios para colegir que la ideología formulada por Sabino Arana es otra variedad de totalitarismo político. Antonio Elorza es, como se sabe, un especialista en historia contemporánea, y una autoridad clásica en historia del nacionalismo vasco, particularmente en la historia política e ideológica de esta corriente. Lleva publicando libros sobre el tema desde los años setenta –*Ideologías del nacionalismo vasco 1876-1937* (1978), *Un pueblo escogido: génesis, definición y desarrollo del nacionalismo vasco* (2001), *La hora de Euzkadi* (2003)–, y *Tras la huella de Sabino Arana* resulta ser en más de un aspecto la culminación de sus estudios en este asunto. O un cierre de círculo, como el que el propio autor propone trazar desde el pensamiento de Sabino Arana hasta el Plan Ibarretxe, con cuyo comentario detallado termina el libro.

Tras la huella de Sabino Arana no es, sin embargo, un estudio académico repleto de notas, pensado para un público especializado y exigente en materia de docu-

mentación. Al libro se le puede reprochar, sin embargo, la falta de una bibliografía complementaria suficiente que oriente al lector interesado en el problema. Al fin y al cabo, esta obra no sólo completa muchas investigaciones del propio autor, sino que habría sido imposible sin las contribuciones de muchos otros. Es un libro, eso sí, escrito en tono periodístico, preocupado por comunicar eficazmente al lector la inquietud que sin duda siente Antonio Elorza por las consecuencias actuales de una política de raíces totalitarias que culmina en el terrorismo etarra, pero que tiene una peligrosa versión incruenta en el soberanismo expresado en el Plan Ibarretxe. Un Plan que no tiene nada que ver con el famoso y quimérico arreglo del «modelo territorial» que esperan algunos ingenuos y bastantes aventureros y aprovechados, sino que tiene sentido dentro de una concepción política muy diferente. Peligrosamente alejada de la democracia, incluso ajena a ésta en asuntos tan importantes como los conceptos de ciudadanía, nacionalidad y territorio nacional.

El totalitarismo ha sido definido de diversos modos. Antonio Elorza sigue especialmente en su investigación la definición propuesta por Gentile, y la del «totalismo» de Robert Lifon. A diferencia de los totalitarismos fascistas y comunistas, el nacionalismo vasco carecería de la preeminencia absoluta de la política dirigida por un partido-guía de masas, único y fuertemente jerarquizado. El nacionalismo vasco exhibe la rareza, en este aspecto característico, de no haber conseguido formar nunca un partido de estas características. Al contrario, el nacionalismo vasco es cismático por

idiosincrasia. El PNV de Sabino Arana fue inmediatamente reformado de arriba abajo tras su muerte, cuando los pragmatistas del grupo de Ramón de la Sota desbancaron a los herederos nombrados por el fundador y se hicieron con el control político, aunque no con el ideológico, y después experimentó numerosas escisiones; ETA es una de ellas, en concreto de EGI, la rama juvenil.

Los modelos teóricos siempre encuentran excepciones y desviaciones en la experiencia histórica, y sin duda es exagerado y confuso comparar al PNV con los férreos partidos fundados por Lenin, Hitler o Mao, aunque la comparación es parcialmente válida para ETA. Pero Elorza prefiere explorar la validez del totalismo de Lifon aplicado al caso vasco. Aquí la comparación parece más fértil y explicativa, porque en el totalismo el papel de la política normal es suplantado con creces por una sacralización de la ideología, por una «religión política de la violencia», una divinización absoluta de la causa de la Independencia de la Patria que, efectivamente, caracteriza sobradamente al nacionalismo vasco en sus expresiones y mentalidad más puras y características, las que han personificado Sabino y Luis Arana, pero también Eli Gallastegui, Federico Krutwig, Javier Echevarrieta (Txabi Etxebarrieta), Xabier Arzalluz y tantos otros.

Esta es, sin embargo, la conclusión del estudio de Antonio Elorza, no su premisa. Estamos ante un trabajo de interpretación de la historia a la luz de la ideología, y no al contrario.

¿Pero cuáles son los límites sociales y políticos del nacionalismo totalitario, tal como lo entiende Antonio Elorza?

Salvo los admiradores de ETA, hay bastante consenso en que esa organización terrorista —la banda que comete atentados más su tupida red de partidos, sindicatos y asociaciones de todo tipo— se ha convertido en un ejemplo clásico de nacionalismo totalitario (o de fanatismo nacionalista, que es su rostro moral) y de los peligros y graves amenazas que produce su tolerancia en las sociedades democráticas: fanatismo, como se ha dicho, y además criminalidad organizada con fines o pretextos políticos, persecución de los disidentes y enemigos, desafío y transgresión permanentes de las reglas e instituciones democráticas, relativismo ético y político porque todo vale a favor de la causa, etcétera.

Hay diferentes interpretaciones sobre la procedencia o fundamento ideológico del nacionalismo totalitario que ETA materializa. Para algunos procede del marxismo-leninismo, más o menos mestizado con el nacionalismo de Sabino Arana; para otros, la dosis de marxismo-leninismo es más bien anecdótica o retórica, predominando la ascendencia aranista o sabiniana. Personalmente soy de la segunda opinión: ETA era en sus orígenes, y lo ha sido después, un grupo terrorista articulado en torno a determinada interpretación del mensaje nacionalista de Sabino Arana. Antonio Elorza añade nuevas evidencias de continuidad histórica. Las soflamas socialistas revolucionarias —como las antifranquistas hasta 1978— siempre han sido un agregado retórico secundario, y más bien ornamental porque lo que estaba y está realmente en juego en la acción de ETA, en el terrorismo, no es otra cosa que la obtención por la violencia de un territorio propio

donde imponer un Estado de tipo marcadamente totalitario.

Me refiero a un Estado donde la única política posible sea la del partido-guía que monopoliza el poder ejerciendo a discreción toda la violencia que le resulte necesaria para destruir a sus rivales, modificar la sociedad y perpetuarse en el gobierno imponiendo un régimen político *ad hoc*. Esta interpretación no pretende absolver al marxismo-leninismo de otras culpas —será necesario decirlo en estos tiempos de susceptibilidad enfermiza—, sino simplemente explicar del mejor modo posible las múltiples evidencias históricas y actuales indicadoras de que el terrorismo nacionalista vasco tiene sus raíces profundamente arraigadas en la tradición política e ideológica nativa del nacionalismo vasco, tal como fue dogmáticamente formulado por Sabino Arana a finales del siglo XIX.

Incluso muchos de los que admiten el carácter totalitario del nacionalismo terrorista como una identidad ideológica autónoma —es decir, que no necesita agentes externos como el marxismo-leninismo o el fascismo— vacilan o retroceden abiertamente si se trata de extender esta imputación a toda la herencia de Sabino Arana en su conjunto. Es un escrúpulo lógico, porque al fin y al cabo afecta de lleno a la respetabilidad democrática del PNV, EA y otras formaciones surgidas del tronco común. Sin duda tales cosas no deben decirse sin argumentos muy sólidos. Pero deben decirse si los argumentos existen.

En el prólogo, Elorza resume su conclusión principal con gran claridad: «en la medida en que el nacionalismo vasco es en la versión sabiniana vigente hasta

hoy, una religión política de la violencia, nada tiene de extraño que en su evolución se acerque al patrón totalitario, más concretamente nazi por su denominador común racista».

La aberrante estrategia de «socialización de la violencia» puesta en marcha por ETA-Batasuna en 1995 tiene más de un punto en común, salvo el de la escala de la agresión, con los procedimientos usados por los nazis en la Alemania de 1930-1933 para amedrentar y eliminar la oposición política activa y para encerrar en nuevos guetos jurídicos a los grupos que deseaban eliminar, particularmente los judíos. Esta comparación, que sigue escandalizando a muchas almas bellas progresistas, debe, sin embargo, encontrar un fundamento que vaya más allá de la anécdota. Y el fundamento lo proporcionan las ideas y planes de Sabino Arana, fundador del PNV e ideólogo nunca rectificado en lo doctrinal por este partido, que ha expulsado sistemáticamente a los críticos de Sabino (como Emilio Guevara o Joseba Arregi, recientemente), igual que ETA fue desprendiéndose a lo largo de sus luchas internas de quienes pretendían sustituir el humus sabiniano de sus padres por un sustrato diferente, siempre anatematizado por extranjero.

Elorza traza una evolución que parte de los cimientos premodernos de Sabino Arana: la obsesión por la «limpieza de sangre» y el antisemitismo que caracterizaba a la sociedad española de los siglos XV al XIX (cruel paradoja: el nacionalismo vasco es uno de los últimos restos vivos del antiguo régimen hispano). La una y el otro enlazaron con toda naturalidad con el racismo moderno de

base biológica, supuestamente científica, cuya máxima y más degenerada expresión es la política genocida del nacional-socialismo germánico. Sabino Arana trasladó el odio antisemita tradicional de los cristianos viejos, que englobaba a herejes y otras gentes de «mala sangre», a los maquetos (emigrantes) y sobre todo a los maquetófilos, los vascos traidores. Contra unos y otros, sobre todo contra los vascos traidores, valía cualquier violencia, dato positivo que la trayectoria relativamente pacífica del PNV —no así la de ETA— no debe hacernos ignorar. Lo que define la identidad política del nacionalismo vasco es la asunción del deber de morir y matar por la patria; el deber de matar, asumido realmente por ETA en 1968 y precedido por las especulaciones belicistas de los «aberrianos» en los años treinta, se sigue en realidad del delirio martirizador de Sabino Arana y sus compañeros, más pasivos que realmente pacíficos. A la luz de esta continuidad toman pleno sentido datos como la sucesión genealógica del nacionalismo más radical en algunas sagas familiares abertzales como la de los Gallastegui, nacionalistas de primera hora, aberrianos en la década de los treinta y terroristas en la actualidad.

La mezcolanza congruente de xenofobia, racismo, odio a España y religión de la violencia que observa en el padre fundador, lleva a Antonio Elorza a escribir que «la política del nacionalismo sabiniano es en las ideas y en la práctica, desde el primer momento, una política del odio» (pág. 105), y que «Sabino Arana es en sentido estricto un prenazi vasco» (pág. 108). Así las cosas, y conocida la intocabilidad de la herencia sabiniana en el

seno más íntimo del PNV, no extrañará tanto que Juan José Ibarretxe utilizara sin inmutarse, como parte de la propaganda de su plan, frases de resonancias tan nazis como «el futuro nos pertenece» o «los vascos y las vascas no deben respetar más límite que el de su propia voluntad». Frases estremecedoras para quienes comprenden su significado práctico y conocen el histórico; meros eslóganes inofensivos para quienes menosprecian el peso de las ideas y las convicciones en la conducta humana.

CARLOS MARTÍNEZ GORRIARÁN

Turistas del ideal

RESEÑAS

IGNACIO VIDAL-FOLCH

Turistas del ideal

Editorial Destino (Ancora y Delfín). 2005.

Dramatis personae:

Vigil.— Escritor comunista, castrista, en la cincuentena; autor de novelas policíacas «progresistas» (protagonizadas por Cóndor, un detective de izquierdas); influyente, aunque siempre equivocado, columnista en la Prensa. Es multimillonario. Cae fascinado por la figura de «El Capitán». Es el prototipo del «revolucionario en pantuflas».

«El Capitán».— Ex estudiante de Filosofía obsesionado con la figura del Che Guevara; acaba siendo jefe guerrillero en las selvas del país centroamericano de Tierras Calientes. «El Capitán» aúna su habi-

lidad como propagandista y estratega de los «mass media» con los discursos humanistas y sentimentales.

Augusto.— Novelista portugués de edad provecta, galardonado con el Toisón de Oro de las Letras Europeas (la mayor distinción literaria); charlatán en todo congreso moderadamente intelectual o jornadas solidarias que se celebren en el mundo. Sufre porque, a pesar de las tesis que propugna en sus interesantísimas novelas, el mundo va a su bola y no le hace ni puñetero caso. Sufre, también, porque se siente envejecer, las fuerzas no le llegan, su mujer no le soporta y siente que la muerte, poco a poco, empieza a rondarle las entrañas.

Colores.— Cantautor de inmenso éxito, aficionado a las drogas de todas las culturas y a los licores de todas las añadas. Amén de politoxicómano es un erotómano inveterado. Quiere componer una canción en homenaje a la revolución de «El Capitán», pero le sale un homenaje a los grandes hoteles, que son, a la postre, mucho más confortables.

Paco.— Joven vasco de pocas luces y con pujos de literato. En cierta ocasión, años atrás, fue humillado por Vigil y ahora, al encontrarse casualmente con él en Tierras Calientes decide hacerse pasar por jefe etarra y exigirle el «impuesto revolucionario».

Valdemont.— Viejo escritor franquista, vive, desde la Transición, enclaustrado en sus habitaciones de un hotel cercano a Las Ramblas. Propondrá a Vigil un trato fáustico: escribir una novela a cuatro manos. Vigil se encargará de la trama y de la condimentación ideológica (esas cosas tan menores como desdeñables) y él se ocupará de lo inefable: la retórica,



el garbo literario, la sintaxis... (Vigil, naturalmente, rechaza el pacto como si fuese un sacrilegio).

Es habitual que, en las obras de ficción inspiradas o basadas en acontecimientos recientes, el autor avisado coloque una advertencia a modo de espantajo para los leguleyos: «Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia». En *Turistas del ideal*, la última novela de Ignacio Vidal-Folch (y tal vez la más descacharrante desde *No se lo digas a nadie*, su primera obra mayor en el mundo de las letras) se debería dar un retoque a la advertencia: «Cualquier parecido con la realidad NO es pura coincidencia». Ese *dramatis personae* que hemos esbozado para que les pueda servir de aperitivo a quienes se hagan el favor de hincarle el diente, tiene correspondencias evidentes.

Vigil, por descontado, es Vázquez Montalbán, aunque su caricatura literaria –tan risible que podría resultar incluso tierna– no atesore la miseria del modelo. Augusto es el pelma del Nobel portugués (o sea, Saramago, hasta escribir su nombre da pereza), perejil de todas las salsas cocinadas por la revolución siempre pendiente y farolillo rojo de cualquier

verbena. Colores no es otro que Sabina –¿quién si no?– buscando alguna musa a la que camelar a base de malditismo de ocasión y de bohemia abonada con tarjeta de crédito (platino, por supuesto). «El Capitán» es el subcomandante Marcos, que ha concertado una cita con la Historia en el Zócalo de México para acabar atrapado en un bochinche que es una demostración sindical de vía estrecha. Valdemont podría ser cualquiera. Cualquiera de aquellos grandes escritores catalanes de la pre y la posguerra que fueron fusilados por la «cultureta» con una cerrada descarga de silencio. Ignacio Agustí, por poner un ejemplo.

Con esos mimbres (y algunos otros no menos sabrosos, como Oliver Stone y Günter Grass, que se pasean por la trama fugazmente), Vidal-Folch ha conseguido poner en evidencia el desbordado caudal de tartufismo que inunda los barrancos del buenismo, de la cultura oficiosa y oficial y de ese Sida mental en el que se ha acabado convirtiendo la proliferación del pensamiento estéril.

El autor ha roto el molde de la corrección política como un forzado que escapa a sus cadenas. Ha visto la realidad, o la realidad ficticia (al cabo, esa grisalla cotidiana que a todos nos amuerma), en los espejos del Callejón del Gato, para analizarla a la luz del esperpento. Ha roto, en un ejercicio brillantísimo de valleinclanismo posmoderno, el costurón que aherroja al Ruedo Ibérico.

Para escribir un libro así –con el que empiezas a reír en las primeras páginas y puedes bebértelo riendo– hay que tener valor, además de talento. Este último,

Vidal-Folch lo ha demostrado a través de novelas como *La libertad* o *La cabeza de plástico*, que se encuentran entre lo poco realmente original que se ha editado en España en los años recientes. En cuanto al valor, sus artículos en *El país* o en *Tiempo* dan fe de que es un personaje que no se amilana fácilmente.

Pero *Turistas del ideal* aún va más lejos. Esta novela es una patada en los mismísimos de esos filisteos a los que Carmen Calvo les baila el agua (o el «champagne») con una cursilería sin fronteras. Un alegato contra los «maîtres à penser» que no han visto una idea desde que nacieron. Una sátira feroz del progresismo «gauche caviar» y de la moralina «todo-a-zen» del izquierdismo memo. Un hierro al rojo que marca donde duele.

Si, generalmente, escribir en España es llorar (estamos ya de llorones hasta el tupé, por no ir más lejos), Vidal-Folch, que es un escritor muy serio, nos ha recordado que la risa es la mejor terapia para despabilar la inteligencia. *Turistas del ideal* es, en ese sentido, un fulminante antídoto contra el papanatismo que nos cerca. Alguien, por fin, ha señalado a los que siempre te señalan con el dedo. Ha gritado que el rey está desnudo, y es como si respirar, después de la denuncia, a todos nos costase un poco menos. Si Dante se refería a su *Comedia* como «ficción verdadera», Vidal-Folch –mudando lo mudable– podría decir lo mismo de su última novela. Frente a tanta «verdad mendaz» –como diría Steiner– un soplo de aire fresco.

TOMÁS CUESTA

11-M, cómo la Yihad puso de rodillas a España

MIGUEL PLATÓN

11-M, cómo la Yihad puso de rodillas a España

Ed. La Esfera de los Libros, 2005

El 11 de marzo de 2004 constituye una fecha terrible en la moderna crónica del mundo. Como el 11 de septiembre de 2001, el 11 de marzo de hace algo más de un año marca un hito en lo que un seguidor de Borges se atrevería a denominar, a la manera del maestro argentino, la historia universal de la infamia, una historia, por cierto, que cada día presenta nuevos y más preocupantes perfiles. Ese día, unos terroristas islámicos asesinaron en Madrid a 192 personas, hirieron a otras 1.600 y consiguieron, en vísperas de unas elecciones generales, un vuelco espectacular de las urnas, lo que llevó a la victoria al partido que, según todos los pronósticos, iba a perder, y a la derrota (y, más tarde, al intento de marginación de la vida política) al que parecía obligado ganador.

¿Por qué pasó lo que pasó? ¿Quién lo hizo? ¿Qué se buscaba con esa masacre? De esto trata *11-M, cómo la Yihad puso de rodillas a España* –de casi quinientas páginas–, de Miguel Platón. Los asesinos querían forzar la retirada de los 1.300 efectivos militares españoles desplegados en Irak, que no habían participado en ninguna acción bélica, sino

en tareas de seguridad y apoyo a la población iraquí, de acuerdo con sucesivas resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y para ello necesitaban otro Gobierno en España, un país en el que el líder de la oposición, el socialista José Luis Rodríguez Zapatero, había encabezado las manifestaciones contra la guerra y había prometido la retirada de las tropas si llegaba al poder.

No cabe duda de que, «a reserva de lo que, en su momento, determine la sentencia judicial o descubra la investigación histórica», como escribe Platón, fue una célula de la Yihad Islámica, integrada por marroquíes que, en su mayor parte, llevaba tiempo asentada en España, la que organizó el ataque terrorista y la que, con él, consiguió plenamente su objetivo. España retiró sus tropas de Irak, previa victoria socialista tres días después de la matanza. El Partido Socialista logró resucitar en la opinión pública, en las horas anteriores a la votación, tan tensas, que siguieron al atentado, el clima de las pasadas manifestaciones contra la guerra. Aznar, y no los terroristas, era el directo responsable de la matanza. Las encuestas fueron papel mojado a manos de los teléfonos móviles. El 14 de marzo se votó en un ambiente desmedidamente emocional, con el zumbido de las bombas del 11-M alrededor de unas urnas que recordaban, en una metáfora siniestra, los ataúdes que se habían ido acumulando en la estación de Atocha.

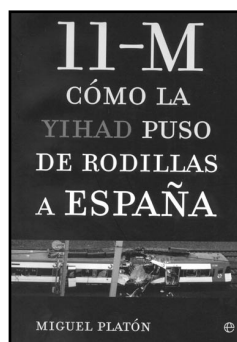
11-M: llevamos más de un año pensando en esta abreviatura diabólica. Todos los esfuerzos que han hecho el Partido Socialista y el nuevo Gobierno de España para que los españoles olviden el 11 de

marzo de 2004—o, si no lo pueden olvidar, que al menos lo desvinculen de su triunfo electoral—, se han mostrado estériles. El 11-M está presente en todo lo que ocurre. Cuanto mayor es el empeño del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en buscar la legitimidad de ejercicio para compensar las flaquezas de su legitimidad de origen, promoviendo medidas y acuerdos que han llevado a decir al líder de la oposición, Mariano Rajoy, que «ha puesto España patas arriba» (aunque nadie discuta la legalidad de su triunfo, porque en las elecciones lo que se cuentan son los votos y no los sentimientos), mayor es la fuerza con la que se instala en el imaginario colectivo. Es como si, en un tono de lamento por las víctimas inocentes, medio país se preguntase, apesadumbrado, qué hemos hecho para merecer esto. Como escribió hace algunos meses Francisco Umbral en su columna de *El Mundo*, «mientras no se aclare el tema de los trenes seguimos viviendo en una provisionalidad muy peligrosa. Le sorprende a uno cada día el talante con que ZP toma decisiones y se adentra en el futuro. Parece como si él no fuese consciente de esa provisionalidad. Se encuentra tan a gusto en el cargo, que se olvida de cómo ha llegado a la Moncloa».

Pero para que no nos olvidemos de lo que ocurrió, durante un año de minuciosa investigación Miguel Platón Carnicero (Melilla, 1949) ha reconstruido esos decisivos días de marzo. Platón es un periodista de largo recorrido, con vitola de historiador (el periodismo, después de todo, es la Historia escrita deprisa), seis libros en su haber y miles de crónicas a sus espaldas, a quien el 11-M pilló en su

puesto de mando de la Agencia EFE, como Director de Información, donde llevaba siete años haciendo ese relato diario y anónimo, pero tan esencial como el segundero de un reloj cuando se mide el tiempo, que es el trabajo de las grandes agencias. EFE es la primera agencia de prensa de España, y la cuarta del mundo, y el puesto que Miguel Platón desempeñaba allí, como máximo responsable de toda la información de la casa, constituye una de las más privilegiadas atalayas que pueda haber para observar todo lo que pasa, si bien el periodismo de agencia tiene la contrapartida, harto complicada y no siempre conocida, de que no se detiene nunca y debe combinar la urgencia con el rigor, la prisa con la precisión.

Platón se ha tomado todo el tiempo necesario para indagar, minuto a minuto, lo que fue el 11-M y lo que lo ha rodeado. Aparte de que por sus manos pasaron todas las noticias que se iban produciendo en aquellos momentos, en algunas de las cuales la Agencia EFE tuvo un protagonismo esencial, poniendo exactitud donde había falsedades interesadas, ha hablado con más de dos docenas de personas directamente implicadas en la cuestión, cargos públicos, policiales y expertos diversos. Por ello, se puede decir, sin menoscabo de otras obras valiosas sobre este gran acontecimiento, y en torno al cual la bibliografía seguirá creciendo, sin duda alguna, que este *11-M, cómo la Yihad puso de rodillas a España* resulta un libro esencial en la aproximación al suceso. Platón no ha querido hacer un compendio de conjeturas, sino un relato de hechos. No ha especulado



con las casualidades ni ha formulado juicios previos; se ha limitado a buscar datos y a ponerlos uno junto a otro, como quien levanta un acta notarial de un suceso aparentemente confuso e inescrutable, pero sobre el cual hay que ir sumando testimonios, para que, paradójicamente, se haga la luz. La claridad es la cortesía del filósofo, decía Ortega. Pero, además, es la obligación de los periodistas.

El libro, escrito en una prosa directa y precisa que se lee como una novela, está dividido en cinco capítulos (uno dedicado al clima previo al 11-M, y los cuatro siguientes, uno por jornada, a los días 11, 12, 13 y 14 de marzo), y lleva una introducción y un epílogo. La pormenorizada crónica de lo que ocurrió, con el largo plantel de personajes que aparecen en el relato, da una visión muy próxima, caliente y cercana, a la realidad. Aquí está lo que pasó. Sin aditivos ni colorantes. Como el propio autor explicó en el acto de presentación de la obra, que la directora de la colección «La Esfera de los Libros», Imelda Navajo, definió como «un referente para la historia de este país», Platón buscaba una tesis innovadora, pero descubrió que no

había nada oculto, y que no quedaba otro remedio que centrarse en la información y en el análisis.

Sus conclusiones básicas, según él mismo declaró, son que la responsabilidad fue de la Yihad, que no hubo ocultación de información por parte del Gobierno y que el éxito del brutal atentado fue, sencillamente, la retirada de las tropas de Irak y su influencia decisiva en las elecciones que iban a celebrarse tres días más tarde.

Que este era el gran objetivo ofrece ya pocas dudas. El cambio producido en los pronósticos y en el clima pre-electoral fue espectacular. Todas las empresas demoscópicas habían anticipado una victoria más que suficiente del Partido Popular, y la duda era sólo si lo sería por mayoría absoluta. Aparte de la práctica unanimidad de los sondeos, si se cree en el valor representativo del Censo Electoral de Residentes Ausentes (308.816 electores que habían votado antes del 11 de marzo) hay que concluir que, sin el atentado, el Partido Popular habría ganado las elecciones, porque en ese voto anticipado por correo, que es como una encuesta oculta, pero muy representativa del sentir general, obtuvo el 40,4 por ciento de estos votos, frente al 38 por ciento del PSOE, datos que, por cierto, frente a la costumbre de facilitarlos a 23 ó 24 días de las elecciones, el Gobierno no hizo públicos hasta el 5 de mayo, 52 días después.

Todo esto está en el epílogo de la obra, en la que el autor se hace las diez preguntas fundamentales sobre quién cometió el atentado (una docena de isla-

mistas norteafricanos), quién lo organizó (una célula de la Yihad que llevaba tiempo en España), qué objetivo tenía (la retirada de las tropas de Irak, para provocar un efecto dominó entre los aliados de Estados Unidos), sobre si significó una vacuna contra el terrorismo islámico (no), sobre si existe alguna prueba que lo vincule con ETA (tampoco, por ahora), sobre su influencia en el resultado electoral (evidente), sobre si restringió el Gobierno la investigación policial (no), sobre si ocultó información (tampoco), sobre si ha servido de algo la Comisión de Investigación del Congreso de los diputados (sí) y, finalmente, sobre a quién benefició el atentado, la pregunta del «*Cui prodest?*», a la que Platón contesta sin el menor complejo: al PSOE, «que ganó unas elecciones que tenía perdidas», a la propia Yihad, a los nacionalistas catalanes y vascos, a Marruecos, a Francia, a Chávez y a Castro, al grupo Prisa, a la ETA... Pero, como dice el autor al hablar de la extraña legislatura que se abrió con el triunfo socialista y de la necesidad de pactar «unas iniciativas nacionalistas que parecían basadas en la negación de España», ésa es ya otra historia. Miguel Platón se ha ceñido a lo que fue el 11-M. Un día, «al final del invierno y al comienzo de una primavera inusualmente fríos y húmedos», que trajo muerte, destrucción y nuevos horizontes políticos al primer país que, en la Historia moderna de Europa, veía cómo un atentado terrorista conseguía imponer su voluntad a una democracia.

MIGUEL ÁNGEL GOZALO

Panfletos Liberales

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

Panfletos Liberales

Lid editorial, 2005.

¿Qué pensarían si alguien les dijera que confiar al Estado la resolución de todos nuestros problemas implica cambiar libertad por seguridad y prosperidad por paro y pobreza? Probablemente quien se atreviera a poner en tela de juicio el tamaño, la eficacia y el poder del mismo, sería calificado de demente por una amplia mayoría.

Ahora bien, si en vez de advertirles de los peligros de la intromisión del Estado en nuestras vidas, alguien les explicara que ustedes son pobres porque alguien es rico, que el capitalismo sólo desata el egoísmo y por tanto la guerra de todos contra todos y que, de no haber libertad económica, los lobos no entrarían en el gallinero, es muy probable que más de uno piense que este agorero no padezca enfermedad mental alguna.

Panfletos liberales, el último libro de Carlos Rodríguez Braun, huyendo de lo políticamente correcto, es una apuesta por decir las verdades del barquero. Por eso, muchos tendrán al autor por un iluso, máxime cuando defiende el libre mercado y el individualismo.

Rodríguez Braun, uno de los mejores pensadores liberales de España y Argentina, no en vano es traductor de Adam Smith, se destaca como un brillante divulgador del pensamiento económico a la par que catedrático de economía, conferenciante en la radio y escritor de éxito. En esta obra recopila algunos de sus mejo-

res artículos aparecidos en prensa, agrupados en temas tales como la cultura, la globalización, el capitalismo, el liberalismo y el socialismo.

Probablemente el libro trata de advertir del peligro de aceptar derechos tales como el derecho a una vivienda digna, a un salario justo... y creer que el capitalismo es peor que la jungla. En definitiva, este libro es un revulsivo para quienes creen con Rodríguez Zapatero que «el modelo de menos Estado y más sociedad ha fracasado».

Frente al actual Presidente del Gobierno, que califica el liberalismo de bárbaro, el autor se plantea defenderlo explicando que, básicamente, implica el derecho de cada cual a buscar su felicidad sin interferir en la de los demás. Por el contrario, los socialistas padecen una permanente insatisfacción, puesto que criminalizan a quienes son felices por no preocuparse suficientemente por los infelices.

El socialista cree que no podemos ser felices salvo que nos sacrifiquemos totalmente en nombre de la solidaridad. Para la ideología colectivista la solidaridad supone arrebatarle a unos lo suyo para dárselo a los demás, y en esa coacción forzosa considera que el Estado es un santo o, mejor dicho, para no ofender a los ateos militantes, un Robin Hood moderno. Rodríguez Braun, en cambio, califica esta ideología de saqueadora y describe con precisión las consecuencias de esta prostitución de la idea de justicia: «falta de productividad, corrupción, cultura del subsidio, espectaculares aumentos de impuestos, gastos y deuda pública, paro, etc...».

Por el contrario, el liberalismo considera que la solidaridad no puede ser impuesta sino que debe ser una virtud indi-



vidual. Asimismo, entiende que no se puede defender la igualdad de resultados, como propone el socialismo, puesto que si se aplicara esa medida, la gente no estaría dispuesta a arriesgarse, empeñarse y sacrificar su ocio y dinero para prosperar.

El autor, en un alarde de genialidad, aplica estas tesis izquierdistas al fútbol profesional para demostrar que son claramente injustas. Todos sabemos que hay equipos que parten de una ventaja competitiva, léase el Real Madrid y el Barça, y otros que no tienen presupuesto suficiente para fichar a las estrellas. Para corregir esta desigualdad y con el objetivo de que la igualdad de oportunidad prevalezca, podrían imponerse dos medidas: «portería con justicia social» (PJS en adelante) y «botas con justicia social» (BJS en lo sucesivo). La PJS supondría, por poner un caso, que el equipo blaugrana tendría una portería enorme que defender mientras que el equipo contrario, al carecer de tantos recursos como el equipo de Ronaldinho, defendería una portería pequeña. Así las cosas, el Barça tendría que marcar en una portería diminuta al tiempo que evitar que sus rivales colaran el esférico por una inmensa portería. Si a esta medida añadiéramos otra,

la BJS, por la que «en cada partido a cada jugador» se le aplicarían «violentas descargas paralizantes, cuya intensidad sería creciente conforme a su renta», podemos estar seguros de que el campeón de liga de esta temporada, no hubiera sido el Barça.

Como señala Rodríguez Braun, «en el fondo, la idea de las BJS es exactamente la misma que la de la progresividad fiscal, consagrada en nuestra Constitución y celosamente respetada por nuestros gobernantes». ¿Se imaginan la reacción de los aficionados al balompié ante unas medidas como estas?. Seguro que alegarían que es injusto restringir la capacidad de los futbolistas o que es imposible poner porterías de distinto tamaño porque eso supone tanto como jugar con la pata coja o con los ojos cerrados. Sin embargo, esos mismos apasionados del fútbol, seguirían pensando que la riqueza sólo procede de la explotación y que, por tal motivo hay que compensar a los que padecen el yugo del capital sin apreciar, en cambio, lo difícil que resulta sacar adelante una empresa, tanto como ser pichichi en la liga.

Otro de los pilares del socialismo que analiza el autor son los derechos sociales. Esta perversión de los derechos implica pasar del principio de «a cada cual lo suyo» al de «a cada cual según sus necesidades». De este modo, por ejemplo, que cualquiera que carezca de vivienda pueda pensar que es por culpa de alguien o de un sistema injusto que impide que la tenga. Probablemente este «sin techo» alegue que es titular del derecho a una vivienda digna, lo cual, «no quiere decir, el derecho a comprarla (...) sino el derecho a violar cualquier liber-

tad para satisfacer ese derecho». De ahí que pueda llegar a sostener que «si unos propietarios compran una vivienda y no la utilizan, no están ejerciendo su libertad sino violando mi derecho a tener una casa». Si eso es así, ¿cabe establecer restricciones a la ocupación de una casa deshabitada teniendo en cuenta que la Constitución protege un derecho del que le han privado?.

Lo triste del caso es que el principio «de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades» era uno de los axiomas del marxismo y, desgraciadamente, sigue siendo uno de los fundamentos del socialismo actual.

Como hemos señalado, el izquierdista sostiene que hay que contener el capitalismo para que no destruya al hombre y que sólo la intervención del Estado puede conseguirlo. Los efectos colaterales de la intervención del Estado son tantos que podrían ocupar más páginas que la Enciclopedia británica, aunque basta con algún que otro ejemplo para hacernos una somera idea. Veamos uno de los más paradigmáticos a juicio del autor: las pensiones. Hoy en día la gente confía en que cuando se retire del mercado laboral, cobrará la pensión. Sin embargo, Rodríguez Braun encuentra el talón de Aquiles del sistema público de pensiones. Si cada jubilado cobra en la medida en que otros trabajadores pagan cotizaciones a la Seguridad Social y cada vez hay más ancianos y nacen menos niños, a medio plazo, no va a haber brazos que sostengan a nuestros mayores. Entretanto, la gente sigue creyendo que pase lo que pase, tendrá su pensión, al igual que piensa que el Estado le protege de los criminales. Sin embargo, esto ya no se puede creer a pie juntillas ya que,

tal y como recuerda Rodríguez Braun, citando a un economista norteamericano, «el Estado no indemniza a las víctimas y como puede recurrir a los impuestos como fuente de financiación, no tiene incentivos para prevenir el delito, recuperar lo robado y capturar a los criminales». A esta terrible revelación se le une otra aún más inquietante: en la medida en que el derecho penal busca reinsertar al delincuente y no restituir a las víctimas, sitúa al criminal en una situación privilegiada, porque si entra en una casa a robar, y el dueño, en legítima defensa, acaba con su vida, terminará en el calabozo. El coste de oportunidad para el atracador es casi cero porque si no es descubierto, roba. En caso contrario, todavía puede escapar ileso.

Mientras los intelectuales sigan asumiendo el socialismo como la única ideología válida, no sólo se resentirá el debate público sino que cualquiera que discrepe será calificado de fascista. Rodríguez Braun ha tenido que escuchar ese calificativo tantas veces en su vida, como lo refleja en este libro, que hasta lo comenta con ciertas dosis de humor. Curiosamente, tachar a la gente de fascista es la forma en que la izquierda demuestra que carece de argumentos suficientes para defender su ideario. Lo más chocante resulta llamar nazi a quien, como Carlos Rodríguez Braun, tuvo que huir de Argentina para evitar que la dictadura militar cercenara su vida.

Con libros como *Panfletos liberales*, se abre la discusión de las ideas al gran público para que tome parte en lo que le toca, su libertad y su propiedad. Si usted quiere que le traten como una persona inteligente, capaz de decidir lo mejor para usted, y no como a un idiota a quien

le achacan padecer el virus del conformismo y del consumismo, este es su libro.

GORKA ECHEVARRÍA ZUBELDIA

Contra la secesión vasca

JOSÉ ANTONIO ZARZALEJOS

Contra la secesión vasca

Editorial Planeta, 2005.

Contra la secesión vasca no es sólo un libro imprescindible para comprender el problema vasco. También lo es para comprender el problema nacional español. Porque, más allá de la brillantez de su análisis, sobradamente conocida por su densa labor como articulista, José Antonio Zarzalejos ofrece tres aportaciones fundamentales en esta obra. Y la primera es precisamente ésta, la comprensión del conflicto nacionalista vasco como un elemento de la irresuelta cuestión nacional de España. A ello añade el autor la osadía intelectual de una incorrección política que le permite valorar el nacionalismo en toda su gravedad, la de la secesión, algo aún inhabitual en una sociedad que persiste en considerar provocadora toda alerta sobre el contenido de las demandas nacionalistas. Y, en tercer lugar, el libro muestra en primer plano a ETA, como era inevitable, pero lo hace en sus dos vertientes más graves desde el punto de vista democrático y moral: en su conexión con el nacionalismo y en las tendencias constantes al desistimiento de ciudadanos y fuerzas políticas.

El autor acabó esta obra en enero de este año, y, si su visión sobre el estado de esta cuestión era muy negativa en ese momento, podemos suponer que, unos meses después, ha tenido que empeorar inevitablemente. Porque, desde la publicación de este libro, todas las tendencias negativas apuntadas en él no han hecho más que intensificarse. Zarzalejos escribía: «el plan secesionista más una tregua de ETA sería una combinación con posibilidades de obtener los desistimientos requeridos para prolongar el régimen nacionalista en el País Vasco. Evidentemente no se trataría de conseguir una sustitución del Estatuto actual por el que aprobó el Parlamento Vasco el 30 de diciembre de 2004, pero sí de arrancar determinadas concesiones que supongan, de una manera o de otra, debilitar la actual estructura autonómica y transformarla en otra próxima a la confederabilidad».

Pues bien, los desistimientos han sido constantes desde la redacción de esas líneas. Y el entrelazamiento de los intereses de los nacionalistas y de los etarras se ha hecho más visible, si cabe. En febrero de este año, el Parlamento de la nación rechazaba el Plan Ibarretxe. Ahora bien, el Presidente del Gobierno ofrecía a Ibarretxe una negociación que permitiera llegar a algún tipo de acuerdo, que no fuera el Plan Ibarretxe, pero sí algo bastante diferente del Estatuto. Desde entonces, parece que el Plan Ibarretxe ha pasado a un segundo plano, pero, mientras tanto, es ETA la que ha pasado a primer plano. O, siendo más exactos, es el Gobierno el que ha pasado a ETA al primer plano con su oferta de negociación. A pesar de las oscuridades, secretos y manipulaciones que rodean

esa oferta, sabemos su contenido sustancial: las dos mesas, la mesa de los presos y la mesa del futuro político del País Vasco. Es decir, la mesa para la negociación de la secesión aparece de nuevo, pero ahora a través de ETA. Y, sobre todo, a través de un nuevo desistimiento de los demócratas.

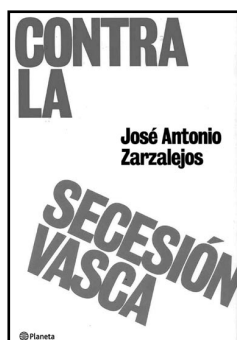
Merece la pena reproducir unas palabras de Patxo Unzueta que cita José Antonio Zarzalejos. Y no sólo porque coincido con el autor en la admiración hacia el trabajo de Unzueta sino porque sus análisis han sido muy tenidos en cuenta por la izquierda española. Hasta ahora, al menos. Porque Unzueta escribía en su último libro que «No sabemos bien qué podría hacer desistir a ETA-qué puede inducir a sus dirigentes a optar por su autodisolución o reconversión en un partido político pacífico—pero parece lógico pensar que será más fácil que desista si se le hace ver que cualquiera que sea el signo del gobierno no habrá negociación política que si existe ambigüedad al respecto. Y al revés, será difícil que piense en dejarlo mientras el partido mayoritario en Euskadi siga afirmando que un grave e irresuelto problema político subyace al de la violencia de ETA».

Pero en los últimos meses análisis como el anterior han desaparecido prácticamente de la izquierda española, embarcada junto al Presidente del Gobierno en esa aventura de negociación con ETA y de diálogo con el nacionalismo secesionista para llegar a acuerdos que no sabemos adónde nos llevarán. Tampoco lo sabe el Gobierno. Pero sí sabe que no cree en la política antiterrorista de estos últimos años, la del Pacto por las Libertades, que negaba la negociación con

ETA, y sí sabe que quiere negociar con los nacionalistas la superación del actual Estatuto de Gernika. Como señala Zarzalejos, la propuesta de reforma estatutaria del Partido Socialista de Euskadi con su alusión a la comunidad nacional, «constituye todo un síntoma de retorno a la política de apaciguamiento con los nacionalistas».

Este aspecto del retorno nos lleva, por otra parte, a plantearnos si estamos ante un cambio coyuntural o más bien una concepción de fondo, no sólo sobre el problema vasco, sino sobre la configuración de España como nación. Muchas de las reflexiones de Zarzalejos nos llevan a la conclusión de que las dudas, los devaneos y las indecisiones de la izquierda española frente a la configuración territorial de España son estructurales, están sólidamente asentadas en el Partido Socialista y explican el proceso de reforma constitucional que está en marcha. El autor es contundente cuando afirma que muchas de las reformas constitucionales que pretende el Gobierno son torpedos en la línea de flotación del espíritu y la letra de la Constitución.

Y es que no se puede separar la reforma constitucional de la estrategia de los nacionalistas. Porque una de las reflexiones más importantes que aporta esta obra es la denuncia de la debilidad del Estado frente a la presión nacionalista. Esa es la clave de la cuestión. Escribe Zarzalejos que «el profundo deterioro de la convivencia en España y el vuelco absoluto de las políticas anteriores por el gobierno socialista, sus compromisos en Cataluña y la demonización de Aznar o su gestión han cambiado la estrategia del movimiento nacionalista. Sus bazas adquieren más valor (...) en tanto que



disminuye la fortaleza de la interlocución del Estado». Y Zarzalejos acierta plenamente cuando señala que «el problema de la cohesión nacional, como ocurriera antes en nuestra historia, no procede sólo, ni principalmente, de la presión nacionalista, sino de la incapacidad nacional para soportarla».

Creo, al igual que el autor, que la pregunta que nos debemos hacer para entender la incapacidad de superar el problema nacionalista es la relativa a la actitud de los partidos nacionales y al papel del Estado. Y justamente en ese campo debemos situar el otro gran obstáculo que eterniza la presión nacionalista. Me refiero a la incapacidad para valorar adecuadamente los objetivos nacionalistas. Y la razón no es la confusión intelectual, sino, sencillamente, la colocación de una venda ante nuestros propios ojos para evitar el reconocimiento de lo que es un problema de grandes dimensiones.

José Antonio Zarzalejos no tiene, ciertamente, la más leve venda en un análisis que aborda la naturaleza, la historia y los objetivos del nacionalismo vasco desde el realismo más demoledor. En primer lugar, cuando describe la evolución histórica de lo que califica como una identidad destructiva. En segundo lugar,

cuando aborda las relaciones entre los partidos nacionalistas y ETA. Zarzalejos se refiere en muchas páginas al movimiento nacionalista, porque, de la misma forma que el nacionalismo ha instituido un régimen de poder, los diferentes brazos del nacionalismo, y aquí se incluye el terrorismo, configuran un movimiento, unido no sólo por la necesidad de mantener el control de ese régimen, sino por un principio irrenunciable: la reclamación de la soberanía plena para eso que llaman Euskalherria. Zarzalejos no sólo recuerda Lizarra sino que afirma que entre las elecciones de 2001 y las de 2005, el nacionalismo vasco y ETA se han entrelazado de nuevo; aún más, piensa que este proceso no tiene retorno porque la vuelta sólo sería posible con una reformulación integral del nacionalismo en sus fundamentos doctrinales y en sus prácticas políticas.

En una de las más lamentables confusiones entre deseos y realidades, muchos analistas afirmaron tras las elecciones autonómicas de abril que el Plan Ibarretxe había fracasado, como si el nuevo brazo político de ETA que se sienta en el Parlamento vasco no abogara por la soberanía y como si el movimiento nacionalista que tan certeramente describe Zarzalejos hubiera desaparecido. Son los mismos analistas los que también se niegan a reconocer la segunda mesa de la negociación con ETA. Quizá esperan algún milagro político que pueda hacer desaparecer el objetivo soberanista de los proyectos nacionalistas. José Antonio Zarzalejos dedica las últimas páginas de su libro a diseccionar el contenido del Plan Ibarretxe y a explicar por qué debemos hablar de secesión. Ese es

el acertado título de este libro, la secesión, un título que en el momento en que fue publicada esta obra nos remitía al proyecto de ETA y al Plan Ibarretxe. No sabemos a qué otro nombre nos remitirá en los próximos meses. Quizá no se llame Plan Ibarretxe, pero el movimiento nacionalista y sus objetivos permanecen, y la debilidad del Estado está más acentuada aún. Y no se perciben motivos para el optimismo.

EDURNE URLARTE

Peligros presentes

W. KRISTOL & R. KAGAN

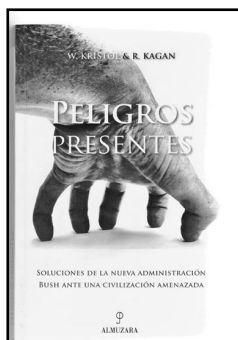
Peligros presentes. Soluciones de la nueva Administración Bush ante una civilización amenazada

Editorial Almuzara, 2005.

El día 18 de abril de 2005, el filósofo político italiano Giovanni Sartori impartió en Madrid la conferencia titulada «Victoria y fracasos», dentro del ciclo «La revolución de la libertad» organizado por FAES. Tras realizar un breve repaso a los principales desafíos afrontados por las sociedades libres a lo largo del siglo XX, siglo negro de los totalitarismos, proclamó que sólo cuando éstas, en los momentos de mayor riesgo, se unen con determinación bajo la dirección de un «liderazgo responsable», es posible superar el trance y sobrevivir al envite. A veces, tal unidad ante la agresión liberticida ha podido consumarse, como

ocurrió, por ejemplo, durante la Guerra Fría, cuando el mundo libre señaló al comunismo como enemigo común e hizo algo al respecto; en otras, ha quedado desgraciadamente en evidencia, según se ha puesto de manifiesto en la actual guerra global entre el terrorismo islamista y Occidente. Ocurre, y así concluyó su discurso el profesor Sartori, que si no hay conciencia del peligro es imposible articular una acción común que lo ataje.

Justamente de la realidad de los peligros presentes que vivimos y de la necesidad de un liderazgo mundial fuerte, responsable e inspirado en principios, en estos momentos de Post-Guerra Fría –o Segunda Guerra Fría (Horacio Vázquez-Rial)–, trata el libro que, bajo la dirección y coordinación de William Kristol (editor de la prestigiosa revista *Weekly Standard*) y Robert Kagan (reputado intelectual, autor, entre otros, del célebre ensayo *Of Paradise and Power. America and Europe in the New World Order*, traducido en España como *Poder y debilidad*), reúne a un selecto grupo de teóricos y estrategias norteamericanos caracterizado por dotar de contenido el ideario neoconservador que orienta y exhorta la política exterior de la actual Administración comandada por el Presidente Bush. Según revelan los propios editores en la introducción, el punto de partida del libro proviene de un artículo publicado por ambos en el *Foreign Affairs* en 1996, titulado «En pro de una política exterior neo-reaganiana». Cuatro años más tarde, en el año 2000, aparece la primera edición de la obra entonces sólo en ciernes: *Present Dangers: Crisis and Opportunity in Amer-*



ican Foreign and Defense Policy (Encounter Books).

La edición española que ahora ve la luz contiene sólo una pequeña parte del conjunto de la obra original. No se llame, por lo tanto, a engaño el lector en cuanto a fechas de publicación ni por el subtítulo que aquí se ha tenido a bien elegir, modificando bastante el que luce el texto de referencia. No hay obviamente, ni puede haber, mención en el libro a los atentados del 11 de septiembre de 2001, a la intervención en Afganistán ni a la acción aliada en Irak que puso fin a la sanguinaria dictadura de Sadam Husein. Aunque sí encontramos en sus páginas las líneas centrales de fundamentación filosófica y los criterios básicos de justificación estratégica de la política impulsada por el Gobierno de George W. Bush como respuesta a los peligros que desafían al sistema democrático de libertades, en Estados Unidos, pero también en el resto del planeta, tras la caída del Muro de Berlín y rasgada la cortina o telón de acero. ¡No podían imaginar los autores la dramática y plena dimensión que contraía el apremio y aun la desazón contenidos en el título del volumen, y se vieron confir-

mados en los terribles atentados terroristas contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington! Diríase que es, en verdad, de lamentar la morosidad de la versión española de este trabajo verdaderamente esencial para conocer los bases doctrinales, las razones de principio y las líneas estratégicas de acción en política exterior que alimentan una corriente de pensamiento político seria y convincente (la «persuasión neoconservadora» la denomina Irving Bristol), que más que una ideología en sentido estricto constituye un vehículo de actuación práctica articulado a partir de urgencias históricas, de un profundo sentido del patriotismo y de un insobornable apego a la libertad. El lector en español tendrá, pues, allí noticia del capítulo introductorio de la obra, firmado por los promotores del proyecto, así como de las contribuciones a la misma de James W. Ceaser, William J. Bennett, Paul Wolfowitz y Donald Kagan (secciones I y IV de la obra original), siendo ignoradas en la presente edición la sección II («The Mounting Treat») y la III («Allies and Military Assets»), en las que destacados autores repasan con pormenor el mapa internacional –sus puntos «más calientes»– y asuntos relativos a política estratégica y de defensa.

En consecuencia, teniendo conocimiento sólo de los capítulos más «especulativos» de la obra es fácil caer en la sugestión (o acaso verla confirmada) de que el pensamiento neoconservador se caracteriza por exhibir un sesgo ideologizante y abstractamente académico (si bien no faltan entre sus preceptores figuras notables del conocimiento y de

la universidad, desde Leo Strauss al linaje de los Kagan) muy distante del espíritu auténtico que anima su principal motivación, a saber, el estudio y vigilancia de la *praxis* y aun la misma *praxis*: «lo que les distingue son sus creenciales como conservadores internacionalistas y su fuerte compromiso con un vigoroso liderazgo internacional, con el poder estadounidense y con el avance de los principios democráticos y de libre mercado en el extranjero. En este sentido, todos son herederos de una tradición política exterior que se remonta, como mínimo, a Theodore Roosevelt, y culmina en Ronald Reagan» (W. Kristol y R. Kagan, p. 38).

De los neoconservadores norteamericanos (conocidos a veces con cierta displicencia como *neocons*) suele tenerse en Europa, como casi todo lo referente al Nuevo Mundo y a la nación estadounidense, una noción muy parcial y sesgada. En realidad, la corriente neoconservadora en América cristaliza y fusiona dos tendencias provenientes de filiações políticas distantes: las representadas por «demócratas» liberales que rechazaban en los años 60 y 70 el viraje izquierdista del partido y por «republicanos» de raigambre wilsoniana, opuestos al «realismo» representado en aquellos años por Nixon y Kissinger. Es durante la década de los 90 cuando el movimiento intelectual queda definido sin reservas ni dilaciones, al comprobar, sobre todo, cómo la incuestionable superioridad y el refuerzo de la democracia liberal resultantes de la caída del Muro y de la implosión del comunismo no sólo eran desaprovechados por las Administraciones socialdemócratas, sino incluso

originaban un retroceso, una suerte de ensimismamiento y autocomplacencia temerarios. Esta actitud miope, y, sobre todo, suicida, ha demostrado con suficiente, terca y dramática obstinación a lo largo de la Historia su efecto deletéreo para la seguridad e integridad de las sociedades libres, siendo así que, por ejemplo, las victorias mal gestionadas se convierten finalmente en fracasos e incluso en una neta invitación para embestidas futuras.

Como ayer, los políticos demagogos (y manipuladores) y las opiniones públicas medrosas (y manipuladas) de hoy acusan debilidad de la voluntad, apocamiento y falta de convicciones bajo la espada del Islam expansionista que pende sobre nuestras cabezas, desenvainada para officiar una macabra ceremonia de degollamientos en la plaza pública, sea de rascacielos o de cabezas de infieles. Sólo la conciencia del peligro, la determinación, la fuerza y la voluntad de quienes creen en principios democráticos liberales, así como en la firmeza de un liderazgo responsable, han dado, dan y darán la victoria a los ciudadanos de las sociedades libres. Mas, ¿qué significa en términos estratégicos el liderazgo? Responde Paul Wolfowitz: «Demostrar que tus amigos serán protegidos y atendidos, que tus enemigos serán castigados y que aquellos que rechazaron apoyarte se arrepentirán de no haberlo hecho». El que avisa no es traidor. Lo es el que huye de los peligros reales, y en su deserción, los convoca.

FERNANDO R. GENOVÉS